

¿Más palabras? Estamos hartos de palabras. La experiencia nos demuestra que buena parte de las palabras que nos llegan por diversos caminos y desde las más diferentes instancias sólo transmiten intereses personales, políticos o comerciales, encubiertos con giros y expresiones impactantes, publicitarios o demagógicos. Con todo ello pretenden sustituir la verdad de que carecen con la impresión de veracidad que puedan causar en los ingenuos oyentes. ¿Habrá mayor contrasentido que una palabra carente de verdad o contraria a ella?

La palabra es un instrumento que Dios ha regalado al hombre para que comunique y se comunique, para que aprenda y se desarrolle, y no para que engañe o mienta, ni para que se encierre en la ignorancia o llegue incluso a confundirse. Algunos, a fuerza de repetir palabras engañosas, terminan siendo víctimas de su propia malicia engañándose a sí mismos. En ese caso, la palabra llega al mayor deterioro: en lugar de ayudar al desarrollo de la dimensión social de la persona, y de ser vehículo para su crecimiento integral la encierra en sí misma y le trastorna los caminos de acceso a la verdad.

En medio de la confusión y la desconfianza que produce el abundante mal uso de la palabra, la Iglesia, indefectiblemente fiel a Jesucristo, transmite el Evangelio como la Buena Noticia de salvación que, ya desde el inicio, nos dice: *“En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios...Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron”* (Jn. 1, 1-5).

¿Podrá decirse algo mejor refiriéndose a la palabra? Ciertamente no. Pero esto no puede afirmarse de la palabra humana, siempre escrita con minúscula. Lo que dice S. Juan sólo puede referirse a la Palabra con mayúscula. Y esa Palabra es Jesucristo. Se llama así porque Jesucristo es la manifestación plena y totalmente veraz de Dios a los

hombres. Así lo dijo el mismo Jesús al Apóstol Felipe: “*Quien me ve a mí ve al Padre*” (Jn. 14, 9). Y así nos lo dice S. Juan en su Evangelio: “*La Palabra era Dios*” (Jn. 1,1).

El mismo Jesucristo, que es la Palabra del Padre y que existe desde el principio, dice de sí mismo: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (Jn.14, 6). Jesús es todo para la humanidad porque es Dios. Si el hombre quiere encontrar la verdad absoluta, única referencia veraz y válida para conocer el sentido de todo cuanto somos, de cuanto existe y nos acontece, ha de recurrir a Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Escuchándole y siguiéndole como camino seguro, podemos participar ahora de la vida de Dios que es la Gracia santificante, y alcanzar luego la Vida definitiva y eterna que solo se puede vivir junto a Dios en los Cielos. Siendo cierto cuanto venimos diciendo, es lógico que Jesucristo dijera: “*Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida*” (Jn. 8, 12).

Ya podemos entender, pues, que la Palabra es luz para los pueblos; para todos los pueblos sin excepción, y para todas las personas. Esta afirmación sorprende en los ambientes culturales en que nos movemos. Va progresando cada vez más en nuestro mundo la idea de que la religión no aporta gran cosa al desarrollo de las personas y de la sociedad porque pertenece, se dice, al ámbito subjetivo, discrecional y acientífico, meramente subjetivo, cuya supuesta verdad es ajena al progreso en el que todos estamos empeñados. Desde este punto de vista no extraña que se consideren igualmente válidas o igualmente inválidas todas las religiones. Entendidas así las cosas, sonará a vana prepotencia afirmar que sólo Jesucristo es la verdad. Sin embargo, queda clara una cosa importante: sabemos por la fe que Jesucristo es Dios, que sólo en Él está la salvación y que, por tanto, solo siguiéndole a él podemos lograr el auténtico desarrollo integral de las personas y de la sociedad. Sólo Él es el camino hacia la plenitud. De hecho, la experiencia reciente de la crisis, cuyos lamentables y múltiples efectos estamos

sufriendo, nos habla de corrupción, de manipulación interesada, y de muchos otros factores que nada tiene que ver con el Evangelio de Jesucristo, ni con la enseñanza de la Doctrina social de la Iglesia, y que están entre los elementos causantes de este infortunio.

Comunicar la Palabra a todo el mundo se convierte, pues, en un deber prioritario para todo cristiano. El magisterio de los Papas nos recuerda que el acto de caridad más importante es dar a conocer el rostro de Jesucristo, comunicar la Palabra, transmitir el mensaje de salvación, difundir el Evangelio. El Señor mismo nos dice a través de S. Mateo: *“Gratis lo recibisteis; dadlo gratis”* (Mt. 10, 8). Éste ha de ser, pues, nuestro deber prioritario que cada uno habrá de cumplir de acuerdo con la vocación y el ministerio que en esta vida haya recibido de Dios. Por eso la Iglesia es esencialmente misionera, y llenas de espíritu misionero deben estar cada comunidad parroquial y cada asociación cristiana.

La urgencia misionera se orienta en este Domingo mundial de la Propagación de la Fe hacia los llamados países de misión, donde nunca antes ha brillado la luz del Evangelio, y donde las Comunidades cristianas son todavía muy pobres y carentes de recursos propios para subsistir y crecer en la fe. Entre nosotros tiene una larga y rica tradición la preocupación por las misiones. No solo no debemos abandonarla sino que estamos llamados a fortalecerla en estos tiempos en que la dignidad de las personas es conculcada en grave perjuicio de personas, pueblos y razas por cuya salvación ha muerto y resucitado Jesucristo.

La Palabra, con mayúscula, Jesucristo Dios y hombre verdadero, es la luz que todos necesitamos y ha de brillar en todos los pueblos. El Señor ha puesto en nuestras manos esta responsabilidad que debemos asumir y compartir con verdadero celo

apostólico movidos por la caridad que nos une a los hermanos, especialmente a los más necesitados.

Nuestra Archidiócesis cuenta con muchos sacerdotes que dedican su tiempo y su celo pastoral a la atención de Iglesias hermanas allende los mares, que cuentan con escasos recursos evangelizadores. A ellas debemos dedicar nuestros esfuerzos. Pero esto no debe mermar la generosidad para con los lugares de misión que el Papa atiende personalmente gracias a nuestras prestaciones de personas y medios materiales. A ello os convoco de un modo especial en este día del DOMUND 2009.